



Editorial Universidad de Antioquia

Es de noche en Madrid

Pedro Nel Valencia



Periodismo

Es de noche en Madrid

Pedro Nel Valencia

Es de noche en Madrid

Pedro Nel Valencia

Periodismo

Editorial Universidad de Antioquia®

Colección *Periodismo*
© Pedro Nel Valencia
© Editorial Universidad de Antioquia®
ISBN: 978-958-714-881-7
ISBNe: 978-958-714-882-4

Primera edición: julio del 2019
Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier
propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia®

Editorial Universidad de Antioquia®
(574) 219 50 10
editorial@udea.edu.co
<http://editorial.udea.edu.co>
Apartado 1226. Medellín, Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia
(574) 219 53 30
imprensa@udea.edu.co

Valencia, Pedro Nel
Es de noche en Madrid / Pedro Nel Valencia. -- 1. edición. -- Medellín:
Editorial Universidad de Antioquia; 2019.
290 páginas. -- (Colección Periodismo)
ISBN: 978-958-714-881-7
ISBN: 978-958-714-882-4 (versión electrónica)
1. Crónicas periodísticas. 2. Inmigrantes - Madrid (España). 3.
Inmigrantes - España - Asimilación cultural. 4. Inmigrantes - España -
Condiciones sociales. 5. España - Emigración e inmigración. I. Título. II.
Serie
LC JV8259
070.44-dc23

Catalogación en publicación de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Había buen ambiente en el apartamento. En el salón coincidíamos por ratos unos u otros y se iba el tiempo en conversar y conversar. En ocasiones yo todavía dormía tras la cortina porque era temprano o porque, aunque fuera tarde, descansaba después de leer hasta la madrugada (Marco tenía una colección de libros de literatura de esas que regalan los periódicos para captar lectores), cuando ya algunos estaban en el salón viendo televisión y conversando, y me despertaban. Trataba de seguir durmiendo y en mi cerebro esas voces se iban debilitando como si la cortina se hubiese convertido en un grueso filtro que dejaba pasar solo un murmullo. No obstante, existía una frase que así estuviera semidormido me despertaba y me ponía alerta, parecía una campanada que me sacaba del recreo para asistir a una clase que temía:

—¿Saben a quién mataron?

Se sabía dónde: en El Peñol, nuestro pueblo. Casi siempre la pregunta salía de la boca de Efraín o de César Montes. Uno de los dos, al llamar a El Peñol la noche anterior o en la mañana muy temprano cuando allá todavía era la medianoche, se había enterado de la última víctima de la violencia y llegaba dando detalles.

El salón se convertía en un noticiero. Además de cosas tristes nos informábamos de eventos para extranjeros en Madrid, posibilidades de trabajo, medidas migratorias del Gobierno español, trámites importantes que era necesario realizar.

Efraín decía que un requisito indispensable para demostrar el tiempo que se lleva en España, para uno obtener papeles en algún proceso de regularización de indocumentados, era empadronarse. El 14 de noviembre, una semana después de haber llegado a Madrid, madrugué a inscribirme en el padrón (censo) en el distrito de Carabanchel. Estuve por primera vez frente a la burocracia española, luego de permanecer en una fila durante varias horas en medio de un frío atroz. Era una de las innumerables colas que me tocaría hacer en España, y empecé a comprender el significado real de la palabra inmigrante.

Dos días después madrugué al consulado colombiano a hacer mi inscripción consular, que igualmente podría servir para comprobar el tiempo que se llevara viviendo en España en caso de una regularización. De nuevo, horas de espera soportando frío en una larga fila. El consulado y sus alrededores eran una réplica de Colombia: la cola interminable estaba rodeada por una nube de paisanos que trataban de sobrevivir vendiendo empanadas, papas rellenas, café con leche y Pony Malta. Y adentro, en las oficinas, había un montón de funcionarios pedantes que trataban mal a la gente. Vine huyéndole a la torpe burocracia de mi país y la encontré de nuevo aquí. Empecé a saber, entonces, lo que era ser inmigrante colombiano.

8

Además de quienes habitábamos en el apartamento de Marco (Efraín, Sandra, César Montes, Carlos y yo), varios colombianos que vivían cerca formaban parte de nuestro grupo.

Cristina, prima de Sandra, era la pionera, la que primero llegó y se colocó como empleada doméstica, aunque en Colombia tra-

bajaba en un importante hotel luego de haber estudiado hotelería y turismo.

Estaban otros dos hermanos de Efraín: Leticia y Roger. Leticia vino con su esposo, Héctor Duque, y el hijo de ambos, Mateo, un adolescente. Roger llegó con su esposa Liliana y Salomé, la niña de los dos.

Otra pareja que vino con una niña pequeña era la conformada por David Quinchía y Selfia Hincapié; un hermano de esta, Uriel, también estaba aquí.

Algunos colombianos llegamos como “ruedas sueltas”, sin la familia. Así mismo era el caso de Héctor Gómez (*Pelufo*). Este cargaba una historia muy dura, según él mismo me la contó. Se vino sin que hubiese pasado una semana desde cuando, al parecer los paramilitares, asesinaron a su padre en El Peñol. Todavía estaban rezando la novena (nueve noches de oración) por su difunto padre, cuando le avisaron que había resultado el cupo que esperaba para volar a España. Le tocó venir para no perder la oportunidad. Su padre Ramón, dueño de una estación de gasolina del pueblo, era un personaje estimado por la gente.

De nuestro grupo también llegaron solos a Madrid Carlos Andrés Monsalve Parra, al que llamaban *Mono Joaquina*, quien me contó que terminó viniéndose para España aunque “quería irme a *la yunait*” (Estados Unidos); Mónica Monsalve Hincapié, una ingeniera que se cansó de los malos sueldos en Colombia, y Yesit Zuluaga, más conocido como *Apóstol*, remoquete que lo ha vuelto famoso; en El Peñol, pueblo de los cien mil sobrenombres, si alguien indagaba por Yesit Zuluaga nadie le daba razón, pero si preguntaba por Apóstol, cualquiera lo llevaba directo donde él.

Los colombianos de nuestra gallada, con excepción de Efraín que llegó como demandante de asilo, entramos como turistas, lo que

nos permitía permanecer en España hasta tres meses. Cumplido ese tiempo, seríamos considerados ilegales.

En esos primeros días, César Montes y yo, como no teníamos trabajo, aprovechábamos para recorrer Madrid. Yo conocía uno que otro lugar debido a mi anterior visita a la ciudad. Ahora podía caminar con menos prisa, observar detalles, disfrutar el paisaje urbano. Salíamos de Marqués de Vadillo y cruzábamos el viejo puente de Toledo sobre el río Manzanares, de caudal bastante escaso. Si era un domingo encontrábamos en el puente padres con sus niños observando camadas de pequeños peces a los que arrojaban migajas de pan. Seguíamos hasta la puerta de Toledo y, calle arriba, recorríamos el sector bohemio de La Latina y llegábamos a la Plaza Mayor. Este lugar, junto con el Museo del Prado, es para mí lo más hermoso de Madrid. La plaza siempre me ha parecido acogedora y a la vez remota; podemos tocar sus balcones y, sin embargo, de ellos emana un pálido espíritu instalado en otros siglos; se tiene la sensación de que desde sus ventanas, tras los vidrios, figonean poetas o guerreros del Siglo de Oro.

Después de dar una vuelta por la plaza, de ver en ella algún espectáculo callejero (una pareja bailando tango o bailaoras de flamenco) y de mirar tiendas de artesanías y regalos, César y yo tomábamos la calle Mayor, llena de edificaciones emblemáticas, desembocábamos en la calle Bailén e íbamos a observar la Catedral de la Almudena y el Palacio Real con sus jardines.

Luego regresábamos al edificio donde vivíamos. Si era de noche o fin de semana había alboroto. El apartamento situado frente al nuestro, por el patio interior, que habitaban los amigos ecuatorianos, estaba activo y las ventanas ofrecían diversas escenas. En la sala, tres hombres sentados frente a un televisor; en la cocina, una mujer de pie frente a una sartén en el fogón conversaba con otra mujer sentada; tras un vidrio opaco, la silueta borrosa de alguien que tomaba una ducha; en otra habitación, una chica escuchaba tecnocumbia.

Si llegaba uno de la calle más o menos a las 12:00 de la noche

y miraba por la primera ventana de nuestro piso, veía, una planta más abajo, a una pareja desnuda en plena acción. Eran un hombre y una mujer demasiado gordos (la cama parecía resistente). La escena se repetía cada noche, y tenían mucho de exhibicionistas, pues lo hacían sin cortinas y con la luz encendida. Comentando el asunto con mis compañeros de piso, alguien dijo que el hombre, un ecuatoriano, había sido abandonado por su mujer y sus hijos, y quien ahora dormía con él era su cuñada, hermana de su esposa.

10

Era pleno otoño. Los primeros días de mi llegada sentí frío como nunca antes. La temperatura descendió a cero grados. Sin embargo, el clima helado era una nueva experiencia, lo mismo que ver las calles y los vagones del metro llenos de gente con abrigos oscuros. Un día regresaba al apartamento y en la esquina un gitano vendía unas pesadas chaquetas de cuerina, un falso cuero. Carlos, el caleño, venía conmigo y me aconsejó que comprara una, me dijo que él tenía una de esas y estaba bien para el frío.

Cuando veía a los padres con los niños enrollados en kilos de abrigos contra las bajas temperaturas, recordaba a Jacobo y añoraba tenerlo conmigo para llevarlo por estas calles experimentando el frío, él que también vivió buen tiempo con su madre y conmigo en Montería, donde los termómetros marcaban casi siempre entre cuarenta y cincuenta grados.

En Madrid se me hacía agradable caminar por las calles o montar en los modernos autobuses, aunque la primera vez que me subí en uno, a media mañana, me impresionó ver que solo iban ancianos. En la próxima parada abordaron el autobús otros cuatro ancianos, y en la que siguió, varios más. Pensé que me había equivocado tomando un transporte que prestaba servicio hacia una residencia geriátrica. Por fortuna una parada más adelante se subieron dos chicas y comprobé que sí iba en un vehículo de servicio público.